

Notas deshilvanadas
de una niña
que perdió la guerra

Vicenta Fernández-Montesinos García



tercera
edición

EDITORIAL COMARES

Vicenta Fernández-Montesinos García

NOTAS DESHILVANADAS
DE UNA NIÑA
QUE PERDIÓ LA GUERRA

Prólogo de Marta González Novo

Introducción de Marie Laffranque

Granada 2023

Foto Portada

Vicenta Lorca Romero con su nieta Vicenta Fernández-Montesinos y su perro Alí, en el jardín de la Huerta de San Vicente, Granada, 1932. Archivo fotográfico de la Fundación Federico García Lorca.

Todas las fotos proceden del archivo familiar y de la Fundación Federico García Lorca.

1.ª edición: 2007
2.ª edición: 2011
3.ª edición: 2023

© Vicenta Fernández-Montesinos García

© Editorial Comares, 2023
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/comares • twitter.com/comareseditor
instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-1369-707-9 • Depósito legal: Gr. 1969/2023
Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

*A la memoria de
mi abuela Vicenta,
mi madre Concha,
mi padre Manuel Fernández-Montesinos Lustao,
y mi tío Federico.*

*A mis hijos, Miguel y Claudio.
A mis nietos Inés, Miguel, María, Federico, Cósima y Nora.*

Sumario

Agradecimientos	9
Prólogo, de MARTA GONZÁLEZ NOVO	II
Introducción, de MARIE LAFFRANQUE	17
La Huerta de San Vicente	25
La Guerra.	63
Tras la Guerra. De Granada a Madrid	79
Viaje hacia Nueva York	117
Lecturas de la autora mientras escribía «Notas deshilvanadas...»	125
Índice onomástico.	129

Agradecimientos

Empecé a escribir estos recuerdos de mi niñez en el año 1987 y no sé bien si fue por pudor que los dejé apartados hasta hace aproximadamente cinco años, cuando conté con la ayuda de Alma Ruiz-Senso, Esther Senso Ruiz, María Luisa Fernández y de Juan José Vázquez de Marcos. Lo primero que publiqué fue un artículo sobre mi tía Clotilde García Picossí en el «Ideal» de Granada. Me animaron a seguir escribiendo Teresa Bergamín Arniches, Antonina Rodrigo, Conchita Burman (viuda del escenógrafo Sigfrido Burman) quien había vivido en mi ciudad natal, Ricardo Doménech (catedrático de la Escuela de Arte Dramático de Madrid), Vicki Sánchez, Julita López y Maruja López (ex directora de la Escuela de Arte Dramático de Madrid). Poco después, al aparecer mi primer artículo en el «EL PAÍS» —gracias a García Posada— sobre La Huerta de San Vicente me impulsaron otros buenos amigos como Valentina Fernández Vargas, quien me regaló un libro con las páginas en blanco para seguir escribiendo y me dijo que era importante que hablara de mi padre. Eva, otra amiga catalana, también me regaló un libro con las

páginas en blanco. Por su parte Julio Rodríguez Luis me escribió desde Norte América diciéndome que sacara a flote recuerdos aunque fueran dolorosos. Colaboraba yo en la sección de prensa de la Fundación Federico García Lorca cuando al entrar en el despacho de mi tía Isabel García Lorca vi que estaba escribiendo sus memorias a mano y leí una que me impactó. Mi tía Isabel me dijo: «Tica escribe sin ánimo de publicar» lo que expresaba su propia postura. Ana Gurruchaga mi cuñada también me ayudó con consejos. María Estrada me ayudó yendo a la Biblioteca Nacional para averiguar si el título estaba ya registrado. Y finalmente «last but not least» doy mi agradecimiento a los doctores Martínez Forde, Jiménez Arriero y al Dr. Rafael Lozano quien me aconsejó que escribiera mis recuerdos «poéticos sin crispación». Agradezco a Carmen Viorreta su muy eficaz colaboración en la revisión final del texto. Muy especialmente doy las gracias a mis hijos Miguel y Claudio, y a mis hermanos Conchita y Manolo por alentarme a escribir este breve libro con recuerdos de una infancia compartida. Pido perdón a quien pueda haber olvidado.

TICA

Prólogo

Querida Tica

Nunca pensé que el encargo de prologar tu libro me iba a hacer tan feliz y a poner, a la par, tan triste. ¡Qué desincronización emocional! Me entristece pensar que ya no podrás leer estas palabras y paralelamente me enorgullece saber que será nuestro eterno cordón umbilical literario. Te has ido hace tan poco, no nos dio tiempo a casi nada y, desde que te vi por primera vez, sentí que en ti habitaba una parte de aquel todo que felizmente implacable había marcado mi infancia. En ti anidaba ese fuego inolvidable y eterno del infinito universo lorquiano que tú, con más de ochenta años, aún seguías recitando de memoria.

Recuerdo nuestro primer encuentro con una nitidez prístina. En mi retina memorística ha quedado congelado con precisión aquel instante en que cruzaste el umbral de la cafetería donde nos habíamos citado. Nunca olvidaré aquel andar tuyo enlentecido y cadente ya por la edad, ni tu frágil figura de evocadoras tristezas lorquianas. Hoy invoco aquel primer encuentro nuestro con la melancolía de los años y te recuerdo solemne caminando hacia mí con ritmo farruco de martillo sobre yunque. Así sigo recordando aquel día, pese al correr de los años, con el sobrecogimiento y la certeza de algo que nunca habré de olvidar.

Tica fue la sobrina mayor de Federico García Lorca. Su memoria permanecerá para siempre unida a una foto inolvidable en la que aparece con su tío Federico y su hermano Manuel a las puertas de la Huerta de San Vicente. Tica fue aquella hija que Federico sabía que no podría tener. Ella misma me lo contó en muchas ocasiones, durante las emocionantes visitas que en los últimos años tuve la fortuna de poder hacerle en su última residencia de Aravaca, Madrid. «Mi tío Federico me veía como la hija que no tendría». Sentía tanta pena cuando me contaba aquello. Imaginé aquel tiempo de hace un siglo, imaginé a Federico, su escondida y perseguida homosexualidad e imaginé lo duro que tiene que ser saber que no vas a poder ser padre.

Contaba Tica que cuando, con cuatro años, cayó enferma por una grave otitis pasó su convalecencia en la Huerta de San Vicente. Siendo su padre médico, siempre lamentó Tica que no existiese aún la penicilina que le habría curado la sordera que arrastró de por vida. Cuenta en estas páginas con una ternura inmensa cómo por aquellos días se encontraba tan frágil y débil que cuando alguien le preguntaba cómo se encontraba rompía a llorar. Sí recordaba con un cariño enorme las visitas frecuentes que su tío Federico le hacía: «Tica, ¿cómo estás?», le inquiría con su voz potente. De aquellas primeras memorias conservaba una que contaba con especial cariño y que retrata perfectamente el carácter divertido de su tío. Durante aquella enfermedad, su madre le cortó las trenzas y Tica recibía con frecuencia en su habitación las visitas de tío Federico quien para consolarla «lloraba de mentirijilla, y yo siempre le agradecía aquel gesto de complicidad». Narra en estas memorias deliciosas y humanas que, pese a ser una niña, ella ya admiraba a su tío porque siempre fue consciente de su genialidad.

Tica tuvo una infancia terriblemente triste. Una de las peores infancias que se pueda imaginar. En agosto de 1936,

cuando Tica tenía seis años, asesinaron en Granada a su padre, el alcalde, Manuel Fernández-Montesinos Lustau, y poco después a su tío Federico. En el verano de 1940 el resto de la familia pudo embarcar en el Marqués de Comillas para poner rumbo al exilio neoyorquino. Su abuelo Federico García Rodríguez dijo en la cubierta del barco: «No quiero volver a este jodío país en mi vida». En ese barco viajaba Tica. Tenía entonces 10 años.

Como en uno de esos presagios lorquianos, Tica viajaba a la ciudad de los rascacielos que tanto había impactado, marcado y transformado al autor de *Poeta en Nueva York*. Lo hacía once años después de la estancia de Federico en la Universidad de Columbia. En 1929 su tío había escrito una carta a su hermana Concha, cuando conoció la noticia del primer embarazo en la familia: «Nacerá niña y yo seré su padrino y se llamará Tica» (en homenaje a la madre del poeta, doña Vicenta Lorca). De Vicenta, Vicentica y de Vicentica, Tica. Y así, Tica pasó más de una década —toda su adolescencia— en la ciudad de Nueva York, donde la distancia y el tiempo trataron de cicatrizar incurables heridas que aún hoy sangran.

Tica me contó una tarde, a la brisa de un septiembre en Madrid, una anécdota que ya narraba en sus memorias, pero escuchársela a ella —de viva voz— me pareció de una ternura y una magia increíbles. Una vez instalada la familia en Nueva York, Tica cogió una tarde el libro de *El romance gitano*. Sumergida como estaba en los versos de su tío, y, siendo aún demasiado pequeña como para entender, le preguntó a su abuela doña Vicenta por el significado de una palabra que no comprendía. «Abuela», preguntó Tica, «¿qué significa lúbrica?». Lo había leído en *Romance de la luna, luna*. Su abuela la miró perpleja, le quitó el libro y le dijo que aquello no eran cosas de niñas. Un momento así hace que no olvides nunca el significado de una palabra cuando

descubres que esconde. Tica era sencillamente sutil, delicada y maravillosa.

Estas páginas, «Notas deshilvanadas de una niña que perdió la guerra», albergan y dan fe de un testimonio imprescindible para entender la alegría y el drama, las luces y las sombras, de la familia del poeta inmortal. Mi querida amiga, la escritora y catedrática de Literatura Fanny Rubio, me había dicho poco antes de que yo conociese personalmente a Tica: «Ella es el personaje más lorquiano de la familia. Tica transita sutil por los libros de su tío. Tiene algo —en el aire, en la energía, en la forma— de Clotilde García Picossi, quien fuese la prima favorita de Federico y en quien se inspiró para el personaje de doña Rosita la soltera». Clotilde era la propietaria de la Huerta del Tamarit, que inspiró a Federico su famoso Diván. Esta huerta cumple ahora un siglo y sigue siendo no solo propiedad de parte de la familia, sino un lugar lleno de vida que aún alberga la magia de los juegos y los prodigios lorquianos.

Así es como he percibido a Tica desde que la conocí. He compartido con ella muchas horas y he llevado a mis hijas pequeñas para que tuviesen siempre la fortuna de recordarla y de saber que ellas también, de alguna forma, habían estado próximas a ese universo lorquiano del que yo me enamoré a los once años.

A Tica le encantaba hablar, era una conversadora fantástica, pese a las secuelas en el habla que le había dejado aquella enfermedad que sufrió de niña. Tenía, además, una memoria prodigiosa. Me decía muchas veces, sabiendo que trabajo en la radio, con su sonrisa dulce y pícaro: «Si me traes la voz de mi tío, yo sería capaz de identificarla. La recuerdo perfectamente, grave y potente». A mí me habría hecho feliz cumplir aquel último deseo de Tica. Pero, como tantas cosas en Lorca, es un misterio. Y él ya lo decía: «Solo el misterio nos salva».

Estar, durante estos años, cerca de Tica ha sido estar cerca de Federico. A su residencia en Aravaca llevé también a conocerla a mi querido Miguel Poveda y en mi última visita, en la última primavera de Tica, estuve con Juan Carlos García de Polavieja, el Presidente de la Asociación de amigos de Agustín Penón y Marta Osorio. Recuerdo que ya la encontré cansada, le costó identificarme y tampoco me preguntó por mis hijas como había hecho siempre. Le llevamos bombones, que siempre agradecía, pero tampoco pudo comerlos. Supe, esa tarde, con tristeza que la Tica vital que yo había conocido estos últimos años estaba empezando a desdibujarse. Siento la pena de no haber podido llevarle la voz de Federico, como me pidió. ¡Ojalá lo hubiese conseguido!

Tica se lleva el sonido de la voz de Lorca, su timbre, su acento y el cariño del tío que presagió que sería niña y le puso nombre desde Nueva York. Tica quedará para siempre transitando, con su figura sutil, delicada y frágil, como una sombra luminosa del firmamento lorquiano.

MARTA GONZÁLEZ NOVO
Noviembre de 2023

INTRODUCCIÓN

Pido permiso a la autora de este libro de voz pura para llamarla por su nombre de pila y su discreto apellido. Quiero darle las gracias a Vicenta Fernández-Montesinos García por la generosa valentía que tuvo al escribir, y tiene recuerdos al regalarnos este breve tesoro, poniéndole el título preciso de «Notas deshilvanadas de una niña que perdió la Guerra».

Notas sueltas, ordenadas y transcritas como tales de lo voluntaria o espontáneamente recordado. Ni relato seguido, ni autobiografía, ni autorretrato infantil. Estos apuntes claramente separados, son elegidos según corre el tiempo y se presentan los temas recurrentes, desechan las leyes y modas de la escritura por lealtad a un designio personal concreto: transmitir, dentro de lo posible, no sólo las imágenes, sentimientos, impresiones relevantes y momentos significativos de una lozana vivencia infantil, tales como perduran hoy por hoy en su memoria, sino también, agudamente detallados, el ambiente y los seres, el entorno humano y la atmósfera relacional de aquellos «difíciles tiempos» granadinos y

madrileños, tales como se le antojan, y desea compartirlos con el lector, sea quien sea; ofrecerle poco a poco su experiencia de niña solitaria aunque tan acompañada, dentro de la historia común —lo recalca ella misma— de un grupo familiar extenso y diverso; de una tierra, de un país, de un pueblo, el granadino, y más tarde de los de España entera representados y reflejados en la muchedumbre de Madrid; mundos y pueblos que en su mirada ingenua y sagaz de entonces y en lo íntimo del recuerdo actual fueron, pudieron y debieron ser acogedores, volviéndose cada vez más lejanos, anchos y ajenos; y por fin, a la luz de esa perspectiva, aclarar y acaso orientar, de nuevo, el presente.

Forma de por sí abierta de un libro sin estructura sistemática, estas notas no son, pues, tan deshilvanadas como de entrada lo sugiere el melancólico epíteto. Responden a la apertura de un propósito al parecer tan inmediato. Permiten y positivamente abren la puerta a la interrupción final —corte y señal de ruptura—, en el umbral de la estancia de Tica en Nueva York.

Las une ante todo su poderosa carga natural de poesía. Estas páginas de tono directo nunca quisieron alardear de poéticas. Y lo son. Sobriamente creadoras —hasta en zonas y puntos de silencio— de una emoción que sólo llegando más allá de la forma concreta de una simple prosa, puede comunicarse con esa nitidez, con esa calidad de presencia callada. De ellas se desprende una fuerza sugestiva espontánea junto con una sensación de armonía que rebasa lo gráfico y la música verbales por mantenerse «de la flor de la jara» de la

copla granadina la personalidad rebelde de la niña y de la autora. Más que cien referencias, lo expresa con sus versos sin peso la bella excepción del poema final.

También suenan dispersos y se responden los documentos musicales de poética letra popular procedentes de la infancia entusiasta y atenta de una niña, pero recién transcritos con fuentes y circunstancias para las Notas. Estos breves poemas o fragmentos para niños y mayores, campesinos y urbanos (a imagen y semejanza de las canciones apuntadas, a veces retocadas y armonizadas por su tío y padrino Federico García), como sembradas entre las prosas, airean y acompañan según fechas y contenido narrativo. La poesía doble, hablada y musical, de estos documentos cantábiles, y todavía cantados en voz baja y alta hasta de modo inconsciente por tanto lector hispanohablante, va tejiendo por encima de la prosa más concreta una red impalpable de silencio poblado.

Poblado por lo que ni Tica ni Vicenta lograron significar o sugerir hasta ahora; por lo que la niña pequeña y cada vez más tímida ni siquiera intentó expresar, que tampoco se le podrá borrar ni ella quiere que se le hunda en el olvido. Estos anhelos, pérdidas, duelos, quién sabe si también el incomunicable fulgor de esas alegrías encerradas en dos palabras: «la trilla». Todo ese mundo infantil de tiempos de la «Guerra», apresado en el silencio contagioso del entorno, pervive para Tica en las etapas sucesivas de la adolescencia norteamericana y, más tarde, del incesante madurar del retorno, sin otra voz que la desesperación («¿qué le pasa a esta niña,

que siempre llora por cualquier cosa?»), de la rebeldía manifiesta o secreta y las viejas y nuevas canciones de antiquísima tradición hispánica, hasta la fecha acequia o vereda de tanta vida silenciada.

Vicenta Fernández-Montesinos García, por fin, les abre con otra clase de silencio, compartible por cantáble, el camino apenas soleado de su obra. Les presta su ritmo, lenguaje y estilo al parecer tan natural por ajustado a la suerte compleja y voluble, a la siempre misteriosa vivencia de esa niña que paso a paso pierde la guerra, inseparable de sus propias luchas.

* * *

Caracol, col, col. Desde la lejanía se acerca la niña pequeñita en un crepúsculo dorado de lluvia y sol, con sus hermanos. La acompaña la comitiva de su gran familia, los hombres, mujeres y niños de las huertas y de la vega cercana, los conocidos y amigos de todas partes. Canta y oye canciones diminutas, villancicos y romances —que ya son de aventuras y amores—, lenguaje para casi todos íntimamente unido con la expresión verbal.

Vicentica se entera de modo indirecto y casual, antes de la de su tío Federico, de la muerte de su padre, y no comenta «nada con nadie». Al ver a dos muchachos «luchando en el río», entre realidades y símbolos inmediatos, estalla su cabeza y corazón el horror, el ya endémico terror colectivo «de la guerra». Y ex abrupto suenan en el libro siete versos de «Niña ahogada en el pozo» de Poeta en Nueva York.

Antes y después le llegan por todos los conductos las románticas canciones del siglo XIX y, con su pizca de picardía, las modernas canciones populares de amor —incluso las de película— que también gustaron al poeta. De sus compañeras y amigas, de sus maestras y profesoras de Granada y Madrid, de uno de sus primeros libros de cabecera, aprender esas canciones de todas las tierras hispánicas que muy pronto se extenderán en boca de niños y adultos por el territorio sin límites de la diáspora «republicana».

«Blanca paloma» brilla por fin, «en el puerto de Almería», el barco velero «que cruza el mar / siempre ligero»; la canción que le enseñó José Luís Roldán, viene a cerrar el relato de la odisea clandestina, camino del exilio, de este querido primo de Fuentevaqueros y Espouey, en Francia.

* * *

Pero, ni de entrada ni para terminar, sino en el medio del libro, como en el centro y bisagra de la tragedia que paso a paso invade la intimidad de la niña, vuela la chispade un instante decisivo. Saltando de Granada a Madrid y anticipando en más de 30 páginas el momento de finalizar la angustiada espera del embarque para Nueva York, se nos entrega lo esencial.

Justo antes, encabezando el tercer capítulo, cuatro imágenes y temas ya tocados en las anteriores: la casa y la gente de la calle («observándolos y queriendo comunicarme con ellos»); las navidades (incomprensiones

recíprocas); la prisión (especialmente la del amado tío Enrique González García, «El Cejas») y «las muertes» («Federico siempre estaba a favor de los pobres»); la crueldad (el mordisco) como respuesta defensiva al amor no correspondido.

Inmediatamente transcribe la autora por completo los dos villancicos de «resignación» y «consuelo» que relaciona, según dice, con su madre. Y, de pronto... madre e hija, visión de paz; expresión ingenua de un deseo navideño; y una lacónica negativa indirecta: «el año que viene no estaremos aquí». Negativa y noticia quedan sin contestar. Pero el libro sí contesta: «Yo me quedé callada». Con este yo sin nombre, y con este mutismo declarado, coinciden y se diferencian la niña y la autora. Sigue sin más la protesta por años postergada de un hijo de refugiados al que no preguntaron, ni por cierto a otro muchos niños de la guerra, si se quería ir.

Pero a la niña pequeña con tanto esmero protegida, intuía, poco más o menos desde que cayó Granada en manos del ejército franquista, «sabía —dice— que habíamos perdido la Guerra». La perdieron ella y sus familiares más próximos, pero también con los suyos, las dos criadas jóvenes que entonces le enseñaron el republicano Himno de Riego. La perdieron las innumerables víctimas y familias de parientes, vecinos y amigos de toda España, de Cuba, México, Buenos Aires, de Canadá, de Francia. E incluso, hacia el oscuro año cuarenta, su amiga y compañera del colegio Estudio Mercedes, hija del falangista Enésimo Redondo, «asesinado» por «republicanos» y, como ella, marginada y

ridiculizada por las otras niñas. «Y comprendí», prosigue la escritora, «que en ambos bandos se cometieron crímenes imperdonables».

También quedan vencidos, tanto desde su ausencia y distancia como por otras distintas y diversas experiencias históricas y personales, los dos tíos, aún solteros, Paco e Isabel, que la llaman y esperan con Laura de los Ríos desde Nueva York.

* * *

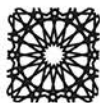
«Yo me quedé callada». Definitivamente se le fue la infancia. Definitivamente perdió, desde dentro, la Guerra. Resignación. Callada rebeldía. Salida aceptada hacia lo que se le ofrece como un mundo nuevo y una nueva vida.

Atrás quedan («Atrás quedaron»...) a lo lejos, las hermosas vivencias infantiles, la fuerza de la savia oculta, la sombra del amor, la belleza sin par y el frágil amparo de un reino que tantas veces perdió.

Vicenta Fernández-Montesinos García no quiso emprender la imposible reconquista de lo pasado. Vivió sin aceptar y miró frente a frente, a veces «fijamente», rupturas íntimas y derrota colectiva; pero con la cruel y sana lucidez de sus pocos años ya heridos, de su soledad personal, y también por su esfuerzo de comprensión y simpatía y por su cultura «en la sangre» en ella pervivieron los recuerdos. Los recuerdos que a veces hacen la vida lenta, y los que la precipitan. Los que una y otra vez, con firme libertad, llaman a las puertas;

y entre tantas llamadas vanas, «cantando y con el mazo dando», los que llegan a dar en la clave de la sensibilidad, la preparación receptiva, la necesidad, esperanza y espera ajenas.

MARIE LAFFRANQUE
Toulouse, Mayo 2004



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-707-9



9 788413 697079